

Brescia, 23 de septiembre de 2016

Pablo VI: profeta, apóstol, mediador

Señoras y Señores:

Con alegría he acogido la invitación para intervenir en este encuentro, en el día en que se celebra la memoria del beato Pablo VI.

Una gratitud profunda nos une a él, en primer lugar, por su luminoso magisterio, al cual la Iglesia recurre, desde hace más de 50 años, como a una fuente inagotable y una guía para el camino.

Una gratitud profunda igualmente en nombre del Movimiento de los Focolares (u Obra de María), uno de los dones que Dios ha querido hacer a la Humanidad en nuestro tiempo. En los años en los que la Iglesia con cuidado maternal examinaba atentamente esta nueva realidad eclesial que se estaba formando en su seno, Giovanni Battista Montini, como Sustituto de la Secretaría de Estado y después como Cardenal de Milán, estuvo cercano con afecto discreto y vigilante, sabiendo intervenir con prudencia en la valoración de la autenticidad de esta experiencia evangélica.

Siendo Papa, su función fue determinante para discernir acerca del carisma de Chiara Lubich y para hacer posible lo que a inicios de los años sesenta parecía todavía “imposible”, individuando sapientemente vías jurídicamente factibles para expresar la fisonomía específica de esta Obra nueva en la Iglesia.

La comunión entre Pablo VI y Chiara no se limitó a la Obra de María: en una común escucha del Espíritu, ésta ha dado frutos en la vida de la Iglesia, como han demostrado, sobre la base de una rica documentación, las intensas Jornadas de estudio organizadas en 2014 por el Instituto Pablo VI de Concesio en colaboración con el Centro Chiara Lubich de Rocca di Papa.

Al agradecimiento hoy se une también la alegría por poder recordar a esta gran figura en la ciudad que lo vio nacer, en la catedral donde fue ordenado sacerdote y por hacerle **esto** durante el Jubileo extraordinario de la misericordia, en íntima conexión con el Año Santo de renovación y de reconciliación proclamado por él en 1975.

A aquel tiempo de gracia nos conduce, de un modo expresivo y realista, el monumento que se le ha dedicado aquí. Su figura humilde parece que nos acompaña a vivir el año jubilar con el testimonio de vida y de santidad que él nos dio, que viene recordado – a través de la representación, rica de símbolos, de eventos y de gestos de su pontificado – en los mosaicos mostrados en su base.

El secreto de la fecundidad del gran patrimonio espiritual y doctrinal que él ha dejado parece que nos lo indica el cuarto mosaico: la Biblia como fundamento y natural fuente inspiradora de su magisterio y de su acción, representados aquí por las encíclicas y por la carta a las Brigadas Rojas, brotada de su alma en el tiempo doloroso del secuestro del diputado y amigo Aldo Moro.

Precisamente porque impregnada de la Palabra, la figura de Giovanni Battista Montini - Pablo VI – vicario de Cristo, se nos presenta en su triple dimensión de profeta, apóstol y mediador.

Querría ahora dar alguna pequeña pincelada de cada uno de estos tres aspectos.

Profeta

La dimensión profética del pontificado de Pablo VI emerge siempre con mayor evidencia en nuestro tiempo, se capta el alcance que tiene, la capacidad de abrir con valor y sabiduría caminos nuevos, felizmente recorridos por sus sucesores. Hombre de gran clarividencia, Pablo VI ha conocido, como sucede a los profetas, también la incompreensión y la soledad. Delgado y casi frágil en el cuerpo, se ha caracterizado por el valor y la sabiduría de permanecer fiel al imperativo interior de la conciencia que lo exponía a ser “signo de contradicción”. Consciente de la delicadeza de la propia tarea y del peso de las palabras expresadas por un Papa, eligió a veces hablar a los corazones a través de gestos significativos, que se le revelaban capaces de construir realidades nuevas, derribar muros y expresar la renovación de la Iglesia que su alma anhelaba. Imágenes muy conocidas de su Pontificado todavía hoy no terminan de asombrarnos y de invitarnos a una reflexión que pueda captar cada vez más su sentido, su enseñanza, su capacidad de marcar un cambio de dirección, una “conversión” que nos compete a todos

Pienso en el abrazo de paz durante el histórico encuentro de Pablo VI con el patriarca Atenágoras en enero de 1964 en Tierra Santa, que sorprendió al mundo y los reveló hermanos, o aquel gesto de profunda humildad, precisamente como sello del Año Santo 1975, cuando, en la Capilla Sixtina arrodillándose besó los pies del metropolitano ortodoxo Melitón. ¿Cómo no darnos cuenta de los frutos, combinando casi en disolvenencia aquellos gestos con los que nuestros ojos contemplan hoy, en la relación más fraternal que nunca, entre el Papa Francisco y el Patriarca Bartolomé o en el histórico abrazo entre el Papa y el patriarca de Moscú Kirill?

Si pensamos después en el testimonio de pobreza, ¿cómo no volver al elocuente y liberador ofrecimiento de la tiara papal, símbolo del poder temporal que no reconocía ya su visión de Iglesia?¹ Una elección que él llevó adelante con coherencia en la vida personal, como confirma el propósito de «morir pobre» o la solicitud discreta de funerales sencillos, de una tumba sin monumento sino «en la verdadera tierra, con una humilde señal, que indique el lugar y que invite a la piedad cristiana»². Pobreza a la cual ha llamado hasta el final también a la Iglesia, como expresa, en el conocido *Pensamiento de la muerte*, la última exhortación reservada a la Esposa de Cristo:

¹ Sucedió el 13 de noviembre de 1964, al término de la liturgia oriental de S. Juan Crisóstomo. Recordando aquel evento Mons. Pasquale Macchi escribe: «El gesto conmovedor suscitó una gran sorpresa: quizás no todos lo aprobaron, también porque implicaba para los sucesores la renuncia a la tiara y a la triple corona y comportaba una visión nueva del mandato papal mismo. Ciertamente no se trataba de un gesto improvisado, sino que tenía raíces remotas: era la expresión de una particular sensibilidad de Pablo VI, de su deseo de una pobreza más conforme a la enseñanza y a la elección de Jesús, en plena armonía con el Concilio que estaba hablando de una “Iglesia de los pobres”» (P. MACCHI, *Paolo VI nella sua parola*, Morcelliana, Brescia 2014², p. 161).

² PAOLO VI, *Testamento*, 14 de julio de 1973, en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. XVI (1978), Libreria Editrice Vaticana, [Città del Vaticano] 1979, p. 593.

«Sé consciente de tu naturaleza y de tu misión; ten el sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la Humanidad; y camina pobre, es decir, libre, fuerte y amorosa hacia Cristo»³.

En una Iglesia que hoy día es consciente de no haber descubierto todavía ni valorado adecuadamente el papel de la mujer, resalta aún más la gran atención mostrada por el Papa Pablo VI hacia el universo femenino en la Iglesia. Su decisión de admitir la participación de mujeres (10 religiosas y 13 laicas) en el Concilio como auditoras, que tuvo resistencias, fue verdaderamente innovadora, con efectos positivos, entre los cuales también el libre acceso a los estudios de teología.

En 1970, con una histórica decisión, es todavía Pablo VI quien eleva a doctora de la Iglesia – título otorgado desde siempre sólo a los hombres – por primera vez a dos mujeres: Teresa de Ávila y Catalina de Siena.

«Pablo VI fue verdaderamente *el Papa del diálogo*» así se expresó Juan Pablo II en Concesio durante su visita pastoral en 1982, subrayando en su predecesor la capacidad de dialogar con la Humanidad entera⁴. «No tengan miedo a realizar el éxodo necesario para todo auténtico diálogo»: exhorta el Papa Francisco indicando el diálogo como «método», no por una «astuta estrategia» sino «por fidelidad a Aquél que nunca se cansa de pasar una y otra vez por las plazas de los hombres hasta la undécima hora para proponer su amorosa invitación»⁵.

El término “diálogo”, hoy tan proficuo a todo nivel, aparece por primera vez en un documento oficial de la Iglesia en *Ecclesiam suam*. En esta encíclica programática de su pontificado, Pablo VI nos revela el sentido: el diálogo es un «impulso interior de caridad», que se hace «don de caridad». La Iglesia «debe establecer el diálogo con el mundo en el que vive. La Iglesia – nos dice – se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio» (ES 66-67). Y de este *colloquium salutis* él mismo se hizo testigo auténtico con transparencia y humildad hasta hacer de él un estilo de vida.

Apóstol

En Giovanni Battista Montini que, al inicio del pontificado, en *Ecclesiam Suam*, como he mencionado, da las líneas del propio servicio a Dios y a la Iglesia, sentimos vibrar el pensamiento y el ánimo del apóstol del cual había elegido el nombre, el apóstol misionero y el primer teólogo de Cristo, aquél que se había hecho todo a todos y nada se había ahorrado para que el anuncio del Evangelio llegase a todas las gentes. Son dimensiones que volvemos a encontrar estrechamente unidas en todo su pontificado, durante el cual la reflexión teológica y doctrinal se conjuga

³ *Pensiero alla morte*, en *Nell'intimità di Paolo VI*, a cura di P. Macchi, Morcelliana, Brescia 2000, p. 23.

⁴ Cf JUAN PABLO II, *Fue el Papa de la Iglesia, del diálogo, de la Humanidad*, Concesio, 26 de septiembre de 1982, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. V/3 (1982), Libreria Editrice Vaticana, [Città del Vaticano] 1983, p. 568.

⁵ PAPA FRANCISCO, *Encuentro con los Obispos de los Estados Unidos de América*, Washington 23 de septiembre de 2015.

constantemente con un camino de renovación a nivel personal y eclesial, y con el anuncio del Evangelio con criterios de universalidad e integridad para que llegue a todos los hombres, penetre las culturas y promueva el desarrollo integral «de todo hombre y de todo el hombre»⁶.

Son innumerables las intervenciones, los documentos, las acciones de reforma que han confirmado todo esto. Basta pensar en el modo como Pablo VI ha reanudado y ha llevado adelante el Concilio, como ha realizado sus solicitudes, pensemos en la reforma litúrgica o la reforma de la Curia; o citemos aunque sea sólo la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* que él donó al mundo al terminar el Año Santo 1975 y hoy referida tan explícitamente por el Papa Francisco en la *Evangelii gaudium*. Recordemos además una de las grandes vías abiertas por Pablo VI: la de los viajes apostólicos, recorrida después asiduamente por sus sucesores, que los ha acercado a los pueblos de la Tierra, haciendo a la Iglesia más una y más “católica” como le gustaba subrayar a Pablo VI, en el sentido etimológico del término. De gran nivel y significación universal permanece el histórico y profundamente humano discurso pronunciado en la ONU. Me gusta señalar todavía la innovadora inserción de los laicos en puntos vitales de la institución eclesial, su confianza en las aportaciones de las ideas de ellos y su reconocimiento, en la *Octogesima adveniens*, de la legitimidad de la pluralidad de opciones en el campo político aun en la fidelidad a los principios evangélicos, etc.

Como lo había sido para el Apóstol Pablo, la evangelización es para el Papa Montini una exigencia impelente realizada en una coherente unidad de fe y de vida y con un gran sentido de responsabilidad personal⁷. Evangelizar, afirmaba, «no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial», que exige el testimonio de la unidad (EN 60; Cf.77). En efecto, es el amor recíproco entre los cristianos el que da la «capacidad de engendrar a Cristo en medio de nosotros»⁸. Él es «absolutamente el primero y el más grande evangelizador» (EN7).

Querría recordar aquí un gran evento pastoral promovido por Giovanni Battista Montini cuando era arzobispo de Milán: la Misión ciudadana extraordinaria, realizada en noviembre de 1957. No había sido una intuición suya, pero como característica de Montini, que preanunciaba el camino para la colegialidad y la “sinodalidad” promovida y recorrida en los años del pontificado, él se puso a la escucha de una exigencia que se le propuso, imprimiéndole después no sólo dimensiones nuevas (se trató de la misión numérica más grande jamás predicada en la Iglesia hasta entonces) sino un contenido nuevo. Invirtiendo totalmente la costumbre de ese tiempo, no quiso que el contenido fuese una llamada a los deberes sacramentales o a los preceptos morales, sino que se propusiera con decisión, eficacia y respeto la verdad fundamental revelada por Cristo, de la cual brota todo. El tema por lo tanto fue: Dios Padre. La Misión, en el pensamiento de Montini, debía ser

⁶ Cf. PABLO VI, Carta Encíclica *Populorum progressio*, 14.

⁷ Cf IDEM, *Exhortación pastoral para el trabajo apostólico en América Latina*, en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. III (1965), Tipografia Poliglotta Vaticana, [Città del Vaticano] 1966, p. 668.

⁸ Cf IDEM, *Homilía en la Parroquia de Santa María Cosoladora* (Casal Bertone), 1 de marzo de 1964, en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. II (1964), Tipografia Poliglotta Vaticana, [Città del Vaticano] 1965, p. 1073.

el «dedo de Dios» que venía a tocar a cada uno para recordarle que tenía «un Padre allá Arriba»⁹ y ofrecer a cada hombre, independientemente de su fe y de su pasado, la luz para «restablecer en la alegría y en la gracia las relaciones filiales que Dios, revelándose nuestro Padre, por Cristo y en el Espíritu Santo, ha querido establecer con nosotros»¹⁰.

A 4 días solamente de la apertura de la Misión, en la Fiesta de todos los Santos, Mons. Montini habló – con tonos que anticipan al Concilio – de la llamada universal a la santidad, presentándola como vocación posible y debida. Recordaba que la caridad es «la esencia de la perfección, es la «vía maestra» de la santidad. Cada uno tiene un propio camino que cumplir, pero en este camino no está solo. Mostraba cómo a lo largo de los siglos, las distintas espiritualidades habían indicado diferentes caminos y que hoy éstos se abren más que nunca, se aplanan, «pierden mucha de su rudeza y van, en cambio, más directas sobre la línea de la caridad y del apostolado; y se ofrecen a todos los estados de la vida con persuasiva atracción». La santidad así puede alcanzarse «con el cumplimiento de los deberes del propio estado». Este criterio, seguía diciendo el arzobispo, «lleva a una divulgación del esfuerzo santificador que, de ser individual tiende a hacerse colectivo, de ser un episodio se hace una costumbre, de ser excepcional se hace común. La figura del Santo personalísimo y superior a la regla ordinaria quedará siempre con un grandísimo honor [...]. Pero está claro y es estupendo el fenómeno que tenemos ante los ojos: la Iglesia hoy tiende a una santidad de pueblo».

¡Qué actual es para nosotros hoy este anuncio suyo, para que este año jubilar vivido en la contemplación y en la certeza del amor de Dios que es misericordia produzca frutos duraderos, perennes!

Mediador en el único Mediador (Mediador entre Dios y los hombres)

«El mundo me observa, me asalta. Debo aprender a amarlo verdaderamente» – así se expresaba Pablo VI en las primeras horas tras su elección al trono pontificio. «La Iglesia, tal cual es. El mundo tal cual es. ¡Qué esfuerzo! Para amar así es necesario pasar por el trámite del amor a Cristo. ¿Me amas? Apacienta... ¡Oh Cristo [...]! No permitas que yo me separe de ti [...] es necesario que yo alimente mi conciencia y mi vida interior [...] de la referencia a Cristo, a Dios, que ésta postula como su fuente y su razón de ser. Conciencia de siervo obligado a grandes cosas»¹¹.

El programa espiritual se destaca con claridad ya en los primeros días del pontificado: Cristo – el principio; la Iglesia – «es Él mismo quien la ama en mí»; la Cruz – «Debo atreverme a pedir al Señor que, de la Cruz, me dé el conocimiento, el deseo, la experiencia, la fuerza, el gozo»¹². La frase paulina «para mí vivir es Cristo» resuena fuertemente en el alma de Montini acompañada por

⁹ IDEM, *Il dito di Dio*, 22 de septiembre de 1957, en *Discorsi e scritti milanesi*, cit., p. 1614.

¹⁰ IDEM, *Sulla Madonna. Discorsi e scritti 1955-1963*, Istituto Paolo VI, Brescia 1988, p. 70.

¹¹ P. MACCHI, *Paolo VI nella sua parola*, cit., pp. 104-105.

¹² PAOLO VI, *Meditazione 5 agosto 1963*, en *Nell'intimità di Paolo VI*, cit., p. 58.

una confiada, humilde oración: «Haz que el gallo me recuerde, sí, mi fragilidad, pero que no me denuncie traidor por tales palabras»¹³.

Y vive esto conforme a aquel compromiso «sagrado, solemne y gravísimo» de «continuar en el tiempo y de extender sobre la Tierra la misión de Cristo», asumido conscientemente el día de su coronación. Compromiso que comporta conocer cada vez mejor «las estructuras, las vicisitudes, las riquezas, las necesidades» de la Esposa de Cristo, de la cual advertía «la vitalidad explosiva, los sufrimientos gravísimos, el ansia comunitaria y la floreciente espiritualidad»¹⁴.

«Tendremos en una palabra, con la ayuda de Dios, corazón para todos», prometió aquel día¹⁵. «Qué corazón se necesita – anota en el retiro espiritual de agosto de 1963 –. Un corazón sensible, a cada necesidad; un corazón dispuesto, a toda posibilidad de bien; un corazón libre, por voluntaria pobreza; un corazón magnánimo, para todo perdón posible, para cada empresa razonable; un corazón amable, para cada delicadeza; un corazón piadoso, para cada alimento de lo Alto»¹⁶.

Es así como Pablo VI – siguiendo las huellas del Maestro – toma sobre sí la angustia y el tormento del mundo sintiéndolo profundamente suyo, carga con su pecado advirtiendo realmente el peso de éste y sufriendo hasta el fondo, como a menudo delata su rostro. Y es así como, en él, la paternidad de Dios se manifiesta nítidamente, anulando toda distancia entre el Cielo y la Tierra, sanando heridas, enjugando lágrimas, llevando paz y unidad.

Ésta ha sido la experiencia que Chiara Lubich hizo muchas veces en sus contactos con él.

En septiembre de 1965 le escribía: «Gracias por la Audiencia privada en la cual la Paternidad de Dios se nos ha manifestado tan claramente a través de su Venerada Persona. Que la Iglesia haga de nosotros lo que mejor le parezca...». Y contándole a Iginio Giordani de aquella Audiencia le confiaba: «Si el amor de Dios fuese como el que esta mañana ha expresado el Papa, para mí sería suficiente».

Recordando la primera Audiencia privada que le concedió Pablo VI (el 31 de octubre de 1964), Chiara describe con palabras y acentos conmovedores la experiencia del encuentro con el Pontífice: «¡Cuánta sabiduría, cuánta apertura, qué corazón grande! Yo representaba y llevaba una Obra nueva nacida en la Iglesia, con novedad tanto en su espiritualidad como en su estructura. Pero allí no había dificultades»¹⁷. «Recuerdo que sentí una perfecta sintonía entre lo que el Papa me decía y lo que me parecía que había venido de Dios para la edificación de esta Obra. Y mi

¹³ *Ibidem*, p. 57.

¹⁴ Idem, *In die Coronationis Papae*, 30 giugno 1963, en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. I (1963), Tipografia Poliglotta Vaticana, [Città del Vaticano] 1965, p. 26.

¹⁵ *Ibidem*, p. 27.

¹⁶ IDEM, *Meditazione* 5 agosto 1963, cit., p. 60.

¹⁷ *Pablo VI y el Movimiento de los Focolares. Entrevista a Chiara Lubich*, en “Città Nuova”, 22 (1978), n. 17, p. 15.

impresión fue tan fuerte que tuve casi la sensación de que aquel despacho, donde el Papa recibe, no tuviese techo, y que el Cielo y la Tierra estuviesen unidos»¹⁸.

«Pablo VI hace un grandísimo honor al Papado» – así se expresaba Chiara en 1977 –, porque «ama a todos sin miedo» y «se dona a todos»¹⁹. Y, refiriéndose a la experiencia ecuménica del Movimiento, afirma que muchísimas personas, de las más variadas denominaciones, se quedan impresionadas «por la figura del Papa, por ese amor que le consume, por ese hacerse – como dice el Apóstol – todo a todos. Quizás también por esto Atenágoras lo llamaba Pablo II. Y los que lo tratan, incluso los no católicos sienten un gran aprecio por él». «Con esta actitud suya – sigue Chiara – el Papa revela la línea de su pontificado. Es el Papa del diálogo con todo el mundo; es el Papa que potencialmente ve a toda la Humanidad como una sola familia»²⁰.

«La imagen consueata, que la gente se forma del Papado – señalaba el Papa Montini – es la de un puesto de mando, de autoridad, de gobierno; y lo es para la dirección pastoral y doctrinal de la Iglesia; pero no se piensa lo suficiente en que aquí, más que en ninguna otra parte, se advierte, se alimenta, se sufre el sentido de la pequeñez humana, el sentido de la necesidad de la ayuda divina, el sentido humilde de nuestra radical insuficiencia, el tormento de desear mucho, con el consuelo de esperar mucho; y no se ve que aquí los deseos adquieren proporciones inmensas, mundiales»²¹.

Así hasta el final. El amor y la enorme confianza que el Papa Montini pone en el hombre se expresan todavía en aquel documento de alto valor moral y cristiano de los últimos meses de su vida: la *Carta a las Brigadas Rojas*. Pablo VI, sobre la base de la común humanidad, la escribe a algunos hombres por un hombre, en nombre del Hombre que tampoco ellos pueden ignorar.

« ¡Qué don inestimable para la Iglesia la lección del Siervo de Dios [hoy Beato] Pablo VI! – exclamaba Benedicto XVI precisamente aquí en Brescia. Y proseguía: « ¡Qué apasionante es cada vez volver a ponerse en su escuela!»²².

Sí, lo es también para nosotros hoy. El don de su santidad se renueva en una comunión que continúa. Y recogiendo su herencia espiritual, queremos todavía volver a evocar aquella constante de su existencia que quiso comunicarnos: el amor a la Iglesia. «Querría [...] comprenderla toda en su historia.[...] Querría abrazarla, saludarla, amarla, en cada uno de los seres que la componen[...].

¹⁸ C. LUBICH, *Hombres al servicio de todos* (1978), en *Dios con nosotros* (Escr/4), Ciudad Nueva, Madrid 1997, p. 105.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Ibidem*, p. 106.

²¹ IDEM, en la *inminente sesión final del Concilio*, 1 de septiembre de 1965, en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. III (1965), cit., p. 1019.

²² IDEM, *Carta del Papa a las Brigadas Rojas*, en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. XVI (1978), cit., pp. 298-299

Hombres, compréndanme; a todos les amo en la efusión del Espíritu Santo, que yo, ministro, debía participarles. Así les miro, así les saludo, así les bendigo»²³.

Su amor nos envuelve y nos pide el nuestro. Querría confiar este anhelo nuestro y este compromiso a las palabras de una página del diario de Chiara Lubich:

«16 de octubre de 1965. “Amar a la Iglesia”... una palabra que va a lo más profundo de nuestro corazón, como si nos tocara en el punto débil...

Por esto, Señor, queremos ofrecerte nuestro humilde trabajo de los pocos días de nuestra vida. Por este ideal que significa amar lo que Jesús amó, como dice el Papa, amar a la Madre. Y es, y quiere ser sólo el amor a la Iglesia el que nos empuje a contribuir a renovar su rostro renovándonos cada día y, ayudándonos a renovarnos el uno al otro, acudiendo a las fuentes de la belleza que la Iglesia custodia y ofrece.

Tiene que ser este amor a la Iglesia el que nos haga intentar nuevas obras para mostrar [...] el milagro de su perenne juventud.

Si dos palabras podrían considerarse hoy el programa de muchos para amar a la Iglesia, verdadera y concretamente, éstas son, y fueron también pronunciadas por el Papa, Unidad y fuego. [...] unidad compacta, ordenada, cordial, ardiente, siempre nueva, siempre dispuesta, que [...] dé testimonio al mundo de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, que dijo: "Que sean uno para que el mundo crea que Tú me has enviado".

Y “fuego” de amor hacia todos [...].

Con la unidad entre nosotros y el amor hacia todos, podemos contribuir a reavivar nuestro catolicismo a volverlo a centrar, en todas sus expresiones concretas, en el Santo Evangelio de Cristo, y embellecer de este modo la Iglesia, expresándole nuestro profundo y sincero amor».

Maria Voce

Presidente del Movimiento de los Focolares

²³ IDEM, *Pensiero alla morte*, cit., pp. 22-23.